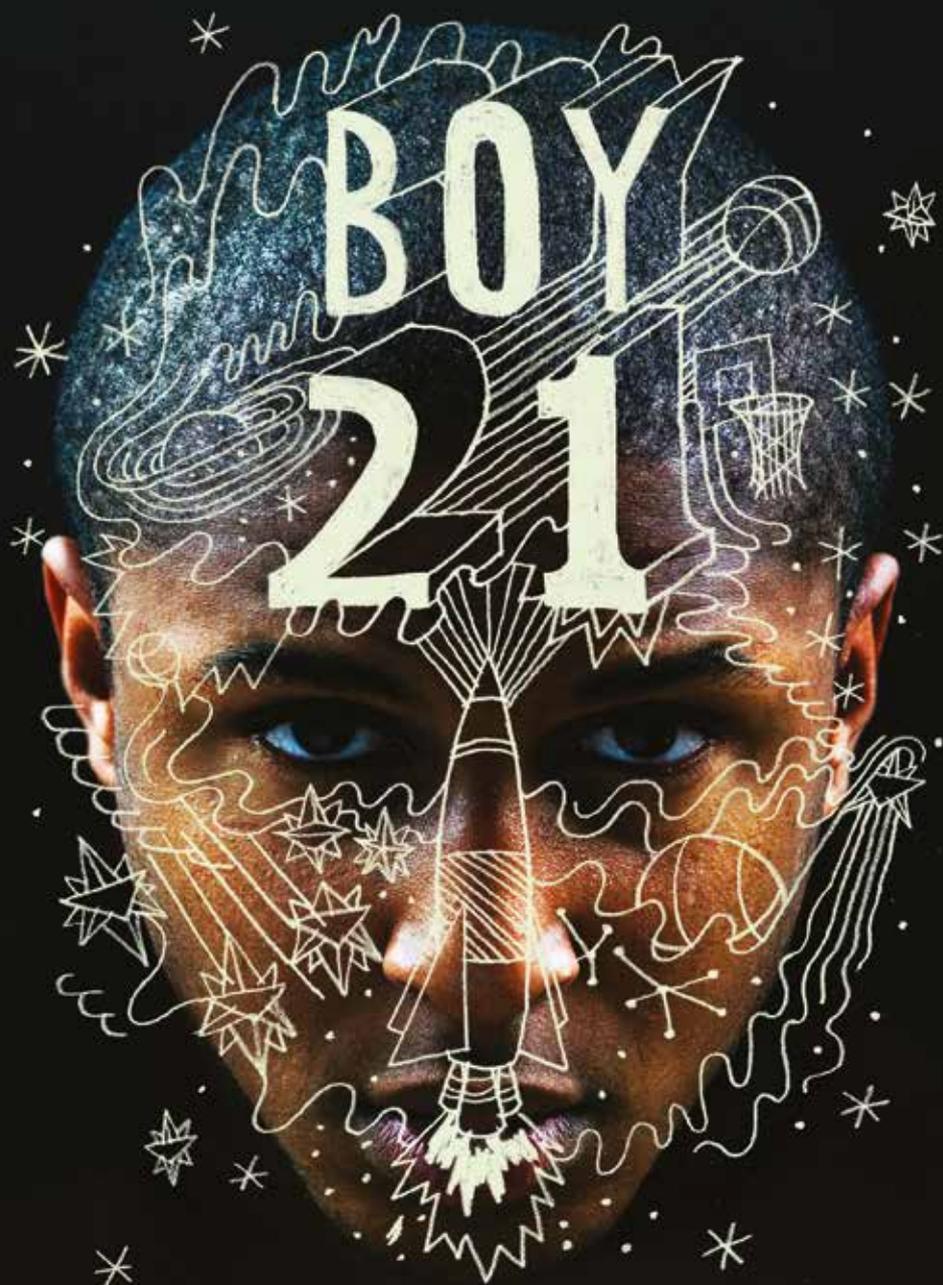


SE HACE LLAMAR BOY21 Y TODO EL MUNDO QUIERE CONOCER SU SECRETO



MATTHEW QUICK

**BOY21**

MATTHEW QUICK



ANAYA

Título original: *Boy21*

1.ª edición: mayo de 2016

© Matthew Quick, 2012  
© De la fotografía de cubierta: Jeremy Woodhouse / Getty Images  
© De la cubierta: Hachette Book Group, Inc., 2012  
© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2016  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta: Josh Cochran y Neil Swaab

ISBN: 978-84-698-0916-7  
Depósito legal: M-5169/2016  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Para mis hermanos  
de otras madres





# PREFACIO

A VECES FINJO QUE TIRAR A CANASTA en el patio trasero de mi casa es el recuerdo más antiguo que tengo.

Solo soy un niño, así que papá me da una pelota de baloncesto de las pequeñas y baja el aro de la canasta regulable. Me dice que no deje de lanzar hasta que pueda meter cien canastas seguidas, lo cual me parece imposible. Después vuelve a entrar en casa para ocuparse del abuelo, que hace poco volvió del hospital, de que le amputaran las piernas, aferrado al rosario de mi difunta abuela. El silencio reina en nuestra casa desde hace mucho tiempo y sé que mi madre no va a volver, pero no quiero pensar en lo ocurrido, así que hago lo que me ha dicho papá.

Al principio ni siquiera soy capaz de llegar al aro con la pelota, y eso que papá lo ha regulado. Sigo tirando durante horas y horas, hasta que me quedo empapado de sudor y con el cuello dolorido de mirar hacia arriba. Cuando se pone el sol, papá enciende el foco y yo sigo lanzando, porque

es mejor eso que estar dentro de casa escuchando los llantos y berridos del abuelo. Además, es lo que papá me dijo que hiciera.

En mi recuerdo, sigo tirando a canasta toda la noche y no paro durante días, semanas y meses. No descanso para comer, ni para dormir, ni para ir al baño. Sigo tirando a canasta sin parar, aislado de todo, fingiendo que nunca tendré que volver a entrar en casa, que nunca tendré que recordar lo que sucedió antes de que empezara a lanzar.

La repetición te permite desconectar la mente, aplacar tus pensamientos. Es algo valioso que aprendí a una edad muy temprana.

Recuerdo el caer de las hojas que crujen bajo mis pies, los copos de nieve que me queman la piel, las flores amarillas con largos tallos que brotan junto a la valla, para después ser abrasadas por el poderoso sol del verano. Durante todo ese tiempo, seguí lanzando a canasta.

Debí de hacer otras cosas —por ejemplo, ir al colegio, por supuesto—, pero esos lanzamientos a canasta en el patio trasero son el único recuerdo que tengo de mi infancia.

Al cabo de unos pocos años, papá empezó a hablar más y a echar unas canastas conmigo, lo cual estuvo muy bien.

A veces, el abuelo aparcaba su silla de ruedas en el otro extremo del camino de acceso a casa y se bebía una cerveza mientras me veía perfeccionar los tiros en suspensión.

Nos tocaba subir el aro cada poco tiempo, a medida que me hacía mayor.

Y entonces, un día, apareció una chica en el patio trasero de mi casa. Tenía el pelo rubio y una sonrisa que no parecía borrarse nunca.

—Vivo al final de la calle —dijo—. Voy a tu clase.

Seguí lanzando a canasta con la esperanza de que se fuera. Se llamaba Erin y parecía muy simpática, aunque yo no quería hacerme amigo de nadie. Lo único que quería era seguir tirando a canasta yo solo durante el resto de mi vida.

—¿Me estás ignorando? —me preguntó.

Intenté hacer como si no estuviera allí, porque eso era lo que me dedicaba a hacer con el resto del mundo en aquella época.

—Eres muy rarito —dijo Erin—. Pero no me importa.

Mi lanzamiento rebotó en el aro y la pelota salió despedida directamente contra su cara; la chica tenía buenos reflejos y atrapó la bola justo antes de que se le estampara en la nariz.

—¿Te importa si lanzo un tiro? —me preguntó.

Al ver que no respondía, lanzó y encestró.

—A veces juego con mi hermano mayor —me explicó.

Cada vez que me echaba unas canastas con mi padre, el que tiraba volvía a recibir la pelota cuando encestraba, así que se la pasé a Erin y ella lanzó otra vez, y después otra, y otra.

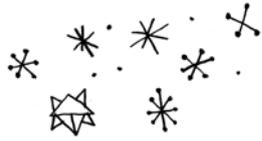
En mi recuerdo, Erin encestró docenas de veces antes de que pudiera recuperar la pelota, pero no se marchó del patio. Los dos seguimos tirando a canasta durante años y años.

# PRETEMPORADA



Hay una pregunta que me intriga:  
¿estaré loco, o los locos son los demás?

Albert Einstein



# 1

UNA SEMANA ANTES DE QUE EMPIECE nuestro último curso de instituto, Erin lleva puesta su camiseta de entrenamiento de baloncesto y se le ve el sujetador deportivo negro a través de la abertura de debajo de la axila, algo que, al menos para mí, resulta bastante sexy.

Intento no mirar —sobre todo porque estamos desayunando con mi familia—, pero cada vez que Erin se inclina hacia adelante y se lleva el tenedor a la boca, la abertura de la camiseta se agranda y puedo ver el incipiente contorno de sus pechos.

«¡Deja de mirar!», me digo, pero es imposible.

No oigo una sola palabra de la conversación mientras comemos los huevos y las salchichas.

Nadie se da cuenta de que la estoy mirando.

Erin es tan guapa y tan encantadora que ni papá ni el abuelo me prestan ninguna atención cuando mi novia está en casa.

Al igual que yo, solo tienen ojos para Erin.

Cuando nos levantamos para marcharnos, el abuelo grita desde su silla de ruedas:

—¡Haz que los pocos irlandeses que quedan en este pueblo se sientan orgullosos!

Y mi padre dice:

—Hazlo lo mejor que puedas. Recuerda, la carrera es larga y al final el trabajo duro supera al talento innato.

Ese es el lema vital de mi padre, pese a que acabó solo y trabajando en el turno de noche, cobrando peajes junto al puente, donde no necesita tener talento ni tampoco una buena ética de trabajo.

Mi padre ha tenido una vida bastante deprimente, sobre todo a causa del abuelo. Pero en sus ojos siempre se dibuja un rayo de esperanza cuando dice que a la larga conseguiré llegar lejos a base de trabajo duro, así que por él —y también por mí— hago todo lo posible por conseguirlo.

Creo sinceramente que esas noches en las que papá me ve jugar al baloncesto son las mejores de toda su vida. Esa es una razón por la que me gusta tanto el basket: porque me da la oportunidad de hacer feliz a mi padre.

Si juego un buen partido, a papá se le empañan los ojos mientras me dice que está orgulloso de mí, y eso provoca que a mí también se me empañen.

Cuando el abuelo nos ve así dice que parecemos mariposas.

—¿Estás listo? —me pregunta Erin.

Aunque no quiera, cuando la miro a la cara y veo esos preciosos ojos verdes como dos tréboles, pienso en los besos que le daré esta noche y empiezo a ponerme nervioso, así que me apresuro a apartar esa idea de mi mente.

No es momento de ponerse románticos, es hora de ponerse serios, porque apenas quedan dos meses para que empiece la temporada de baloncesto.



## 2

UN DETALLE QUE QUIZÁ DEBÁIS CONOCER: la gente me llama Conejo Blanco.

Cada vez que sirven zanahorias en el comedor del instituto, Terrell Patterson se acerca sigilosamente por detrás de mí y grita: «¡Alimentad al Conejo Blanco!», mientras empiezo a echarme zanahorias en el plato en plan de coña, y todo el mundo lo imita, hasta que acabo con una montaña de color naranja en el plato.

Todo comenzó la primavera pasada.

La primera vez que ocurrió, me cabré un montón porque la gente no paraba de echarme en la bandeja la comida que no quería, lo cual no era muy higiénico que digamos, sobre todo, teniendo en cuenta que aún no había terminado de comer.

Erin, que se sienta a mi lado en el comedor cuando no es temporada de basket, empezó a comerse a puñados las zanahorias de mi plato y a darles las gracias a todos, dejándolos perplejos.

No paró de gritar «¡Qué ricas! ¿Alguien me da alguna más?», hasta que la gente empezó a reírse de ella y no de la jugarreta que me habían hecho.

La verdad es que me gustan las zanahorias, así que yo también me comí unas cuantas, porque vi que el plan de Erin estaba funcionando, y en el fondo me daba igual que la gente se riera al verme comer esas hortalizas naranjas. «Tendré una vista de lince», pensé, y no le di mayor importancia al asunto.

El problema fue que el volcado de zanahorias empezó a repetirse todas las semanas, y la verdad es que ya no tiene ninguna gracia. Espero que a la gente se le haya olvidado durante el verano, pero lo dudo.

Soy uno de las pocas docenas de chicos blancos que van a mi instituto. Soy callado como un conejo. Al personaje de Eminem en la película *8 millas* le apodaban B-Rabbit, Eminem es el rapero blanco más famoso del mundo, y la verdad es que me parezco un poco a él.

Pero la principal razón por la que la gente me llama Conejo Blanco es por ese libro tan triste de John Updike que nos mandaron leer. Trataba de una antigua estrella del baloncesto, un joven blanco al que apodaban Conejo, que cuando se hace mayor lleva una vida horrible. Yo no soy una estrella, pero soy el único chico blanco de nuestro equipo de baloncesto.

Wes, que juega de pívot y es el único jugador del equipo además de mí que está en el curso de inglés avanzado, les habló del libro de Updike a todos nuestros compañeros. Bueno, solo les contó que iba de un jugador de baloncesto blanco con un nombre ridículo. Así que todos mis compañeros de equipo empezaron a llamarme Conejo Blanco.

El apodo caló entre la gente y ahora todo el mundo en el barrio me llama también así.



# A VECES FINJO QUE TIRAR A CANASTA EN EL PATIO TRASERO DE MI CASA ES MI RECUERDO MÁS ANTIGUO



EN MI RECUERDO, SIGO TIRANDO A CANASTA TODA  
LA NOCHE Y NO PARO DURANTE DÍAS, SEMANAS  
Y MESES, FINGIENDO QUE NUNCA TENDRÉ QUE VOLVER  
A ENTRAR EN CASA, QUE NUNCA TENDRÉ QUE RECORDAR  
LO QUE SUCEDIÓ ANTES DE QUE EMPEZARA A LANZAR.



«Una obra de arte de primera categoría», *The New York Times Book Review*.

«En Finley, Matthew Quick ha creado a un personaje formidable», *VOYA*.

«Un relato cuya crudeza emocional conserva un delicado sentido de la esperanza y el optimismo», *Publishing Weekly*.

«Una historia profunda y llena de fuerza. Aborda todas las cuestiones importantes que afectan a la vida de un joven... Y lo hace con maestría», **Francisco X. Stork**, autor de *Marcelo en el mundo real*.

«Un libro adictivo y conmovedor, escrito con lucidez, sensibilidad y sentido del humor. *Boy21* se zambulle en el implacable universo de un instituto cargado de tensiones raciales y emerge con una historia emotiva sobre el triunfo y la trascendencia. Tenéis que leer este libro», **Paul Langan**, autor de la saga *Bluford*.

«Un relato muy bien hilado y cautivador sobre la pérdida, el amor, la familia y la amistad. Me encantó. Inteligente, con un ritmo incesante, honesto y desgarrador en ocasiones, ¡este libro es una joya!», **A. S. King**, autora de *Everybody Sees The Ants*.